

La negación de la historia por el estructural-funcionalismo

María Alba Pastor*

Tres décadas después de haber nacido en 1951, Talcott Parsons, fundador del estructural funcionalismo, dio a conocer la obra que comprendería sus investigaciones multidisciplinares: *El sistema social*. En ella se proponía una gran construcción teórico-metodológica, la más moderna, incluso ya ciberneticizada, para el análisis de la sociedad. Esta gran construcción constituía, al decir de Parsons, la síntesis más precisa de la teoría social. Para el sociólogo estadounidense, en ella se superaba el problema del huevo y la gallina sobre la prioridad de los factores ideales o materiales y se formulaba analíticamente el problema de las causas, al estudiar simultáneamente la interdependencia de factores sociales, independientemente variables. Con ello, Parsons creía haber llegado a una nueva era de la ciencia social, en la que sería por primera vez posible prescindir de las explicaciones temporales de los fenómenos socioculturales en forma secuencial, tendencia que había marcado a todas las reflexiones sociales idealistas o materialistas, hasta ese momento.

Si algo llama la atención del historiador es la capacidad de abstracción vertida en *El sistema social*. A partir del uso de un aparato conceptual muy amplio, Parsons trata de prescindir de toda alusión al carácter temporal de los fenómenos sociales.

*Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Sin embargo, años después, Parsons publicó dos obras: *La sociedad, perspectivas evolutivas y comparativas*, en 1966, y *El sistema de las sociedades modernas*, en 1971. La intención de ambas, expresó, fue atender a una preocupación nueva relacionada con la teoría de la evolución orgánica. Esto es, hacer algo que se había propuesto desde sus primeros estudios, en el campo de la biomedicina y en el terreno de la economía: anular la dicotomía entre el mundo natural y el humano-social.¹ Esta preocupación coincidía con un importante despliegue de críticas hechas a su obra, precisamente por la exclusión de las explicaciones históricas de los fenómenos sociales. Con ambos trabajos Parsons quiso demostrar que su gran esquema teórico no estaba reñido con el análisis de la evolución humana, social y natural. Al contrario, gracias a él era posible entender el desarrollo evolutivo, captar elementos esenciales de los procesos de cambio estructural en los sistemas sociales.

Antes de referirme a estas obras considero adecuado recordar los rasgos generales de la llamada Gran teoría Parsons. En plena crisis de 1929 y 1930, en el Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard, Parsons se dio a la tarea de elaborar la teoría que permitiera conocer en forma integrada y completa el mundo orgánico y el mundo social. Para ello incursionó en muy diversos campos. Como ya lo señalamos antes, su interés inicial lo orientó hacia la biomedicina, de ahí pasó al estudio del capitalismo como sistema económico y desde entonces buscó analogías entre los sistemas orgánicos y el sistema social. Más tarde se interesó por la obra de Max Weber y Durkheim y por la teoría económica formulada por A. Marshall y Wilfredo Pareto. Parsons completó esta formación académica con su gran

interés y aplicación en la teoría psicoanalítica de Freud.

Para Parsons, el mundo es una unidad y sus partes adquieren significación y sentido sólo en relación con la totalidad. El vínculo que se establece entre las partes de la estructura tiene un carácter funcional que implica cierto tipo de ordenamiento o sistema. Los conceptos de sistema y función son básicos de la teoría parsoniana, según la cual todo sistema está constituido por variables independientes, cuyos valores no pueden determinarse de manera absoluta si no se conoce el valor de todas. En este sentido son interdependientes, y el sistema es integral. A partir de esto rechaza los dos modelos tradicionales que han predominado en la teoría social, el del *factor único*, donde algún factor (económico, psicológico, geográfico, etc.) explica todos los otros fenómenos sociales o culturales (esto es, supera todo determinismo), y el modelo de *causación múltiple*, donde los fenómenos son producidos por diversos factores, en una relación casuística. En el modelo de *análisis sistémico*, propuesto por él, todas las variables son dependientes e independientes al mismo tiempo.

El problema del orden es entonces un problema inherente al sistema. Parsons supone que la "organización" de un sistema, es decir, el ordenamiento específico de sus partes suministra, ante todo, caminos para la integración de éstas. Tal ordenamiento registra continuos cambios, o bien, cada parte ocupa diferentes posiciones en momentos distintos. Para él, éste es el aspecto central relacionado con los problemas de estabilidad o equilibrio, de las tendencias a la desorganización o a la disolución de sistemas.²

Esta apreciación no nos debe llevar a pensar que Parsons identifica estabilidad, cambio o disolución

con procesos de carácter histórico. Por el contrario, se trata de estados que se producen en el seno de un sistema cerrado o encapsulado, ajeno a las nociones de tiempo y espacio.

El concepto de función tiene su antecedente en el de función orgánico-biológica y es la *conexión* entre la estructura de un organismo y su proceso de vida. Así, el aspecto principal de las funciones es el control, en un sentido cibernético, lo cual permite a cada una de las partes tener un contenido propio y diferenciado, así como relacionarse con las demás en un proceso de acción continua.

Bajo estas premisas, la “gran teoría” estructural-funcionalista pretende convertirse en la “gran salida”, pues dentro de los sistemas estáticos existe un gran dinamismo. Los cambios son admitidos según las posibilidades de acción que ofrece el sistema. Este sistema, aunque encapsulado, procura ofrecer todo tipo de caminos o alternativas de elección, como una especie de “super-supermercado” donde habría posibilidades de escoger cualquier tipo de mercancías.

Parsons distingue cuatro sistemas de acción: Uno de ellos es el sistema social, cuya peculiaridad es la de cumplir con la función de integrar a los otros tres sistemas: el cultural, el de la personalidad y el sistema u organismo conductual. El cultural cumple la función de mantener o cambiar los patrones que hacen posible la comunicación entre los miembros del sistema a través de la transmisión y el aprendizaje de símbolos (la herencia cultural). En su conexión con el sistema social, el cultural desarrolla órdenes normativos, sistemas legales y de gobierno.

La función del sistema de la personalidad es gratificar al grupo o al individuo por su acción. Presupone que toda acción individual persigue una

meta; por consiguiente, las partes de este sistema se articulan para alcanzar recompensa o gratificación. Una de las instituciones que se crean con tal fin es la educativa.

El sistema u organismo conductual tiene la función de adaptar a los individuos y grupos sociales al medio físico. En este sentido, a cada individuo le hace desempeñar un papel para transformar a la naturaleza, suministrarle los recursos que satisfagan sus necesidades primarias. Las relaciones económicas constituyen una parte importante en el estudio de este sistema.

Cabe insistir, bajo este enfoque la función del sistema social es integrar a los otros tres, a través de una red de relaciones que se establecen entre seres humanos y colectividades, por vía de las conductas individuales y colectivas, y de los mecanismos que permiten se mantenga el equilibrio, lo cual caracteriza a este sistema.³

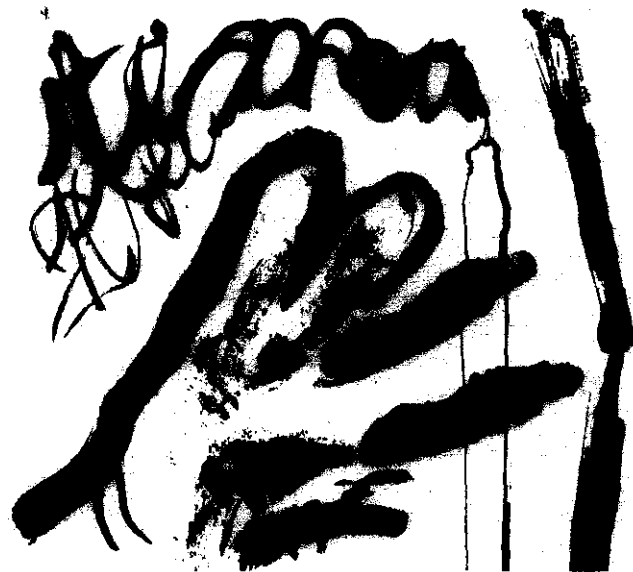
El resultado crucial de la distinción y de la interpretación de estos cuatro sistemas, fue el nacimiento del llamado “paradigma de las cuatro funciones” que abrió el camino para el análisis social de cuatro problemas fundamentales: el de la adaptación, logro de metas, mantenimiento de pautas y el de la integración social.

Hasta aquí está ausente toda referencia al desarrollo y a los cambios evolutivos, pues lo antes dicho corresponde a la obra de Parsons, previa a 1966.

En 1966, en *La sociedad, perspectivas evolutivas y comparativas*, Parsons se introduce a un nuevo campo de estudio que aparentemente es el histórico. Hasta este momento, uno de los cuestionamientos más importantes hechos por los críticos sociales a su obra era precisamente si su gran teoría, concretada en *El sistema social*, era aplicable a todas las socie-

dades *de todos* los tiempos. Había el interés de que Parsons bajara a la tierra y garantizara la infabilidad de su teoría. Por entonces él sostuvo que “No es necesario desarrollar un análisis general verdaderamente avanzado de los principales *procesos* de cambio social, para expresar opiniones generales sobre los *patrones estructurales* del desarrollo evolutivo”.⁴ Esto significaba que no es necesario conocer los hechos históricos concretos ni las tendencias históricas que se desprenden de su articulación para establecer los elementos esenciales de análisis. Algo así como que la historia de una sociedad puede elaborarse sin saber con precisión lo ocurrido en ella, es suficiente con desentrañar ciertas conductas generales.

Pensamos que este esquema evolutivo le pone la soga al cuello: acepta realizar un análisis del desarrollo evolutivo de la sociedad con el esquema teórico formulado para el sistema social, sin embargo, tal esquema —que se pretendía completo, es decir capaz de analizar el mundo en su totalidad—, no incluía el carácter histórico de ninguna de las partes de esa totalidad. Quince años después, Parsons señalaba que de sus cuatro sistemas planteados y sus correspondientes funciones se podía derivar un paradigma: el de la evolución, conforme al cual se podía explicar el paso de un sistema social a otro. Para elaborar este modelo recurrió a las viejas nociones de estática y dinámica del positivismo organicista. Al igual que en el modelo de estructura orgánica de Spencer, identifica tres problemas para la estructura social: la morfología social con la cual es posible determinar los tipos de estructuras, similitudes, diferencias y clasificación sociales; la fisiología social para esclarecer cómo funcionan estas estructuras y, los problemas de desarrollo, esto es,



cómo aparecen nuevos tipos de estructuras sociales. Como estos tres problemas no se pueden separar, su estudio es posible sólo a través de lo que los hace comprensibles: la acción, entendiendo por tal las intenciones y la realización de acciones concretas por parte de los agentes sociales. A la analogía entre el organismo vivo y el organismo social de Spencer, Parsons propone el uso de los avances de las ciencias biológicas desde esa época, con el fin de generar nuevos conceptos en torno a la *continuidad fundamental* entre la evolución orgánica general y la sociocultural. Así, configura una teoría analítica de factores y componentes variables y un patrón evolutivo más complejo que el spenceriano. En términos generales, los esquemas evolucionistas intentan presentar una visión histórica que tiende a reducir al máximo la complejidad del desarrollo social procurando clasificar la mayor cantidad de elementos que se tengan a la mano. Estas elaboraciones buscan demostrar la existencia de una unidad, de un orden

y armonía sociales en que los elementos negativos, tales como los desórdenes, guerras o cambios violentos han sido necesarios, pero en un futuro evitables. Además se presentan como esquemas absolutos, como última *explicación*. No ajeno a esta tendencia, tampoco Parsons concibe la caducidad de su "gran teoría" y de su esquema evolutivo.

Como es común al evolucionismo, concibe la evolución societaria en tres niveles progresivos que van desde el más simple e inferior al más complejo, diferenciado o superior. Estos tres niveles son:

- a) La etapa primitiva que se divide en sociedades primitivas y sociedades primitivas avanzadas.
- b) La etapa intermedia donde encontramos sociedades arcaicas y sociedades intermedias avanzadas.
- c) La etapa moderna dividida en premoderna, moderna y contemporánea.

En contra de lo que opinan algunos evolucionistas, Parsons dice no concebir la evolución como algo continuo ni lineal, sino bajo el criterio de variabilidad.

En la etapa primitiva el sistema de acción está muy poco diferenciado, es decir, entre los componentes de las relaciones sociales y los sistemas cultural, conductual y de la personalidad hay pocas diferencias. En estas sociedades, en todas las esferas de la acción se da una importancia preponderante a las orientaciones religiosas o mágicas; por otra parte, el sistema de parentesco, a través de su sistema simbólico, le da pertenencia a cada uno de los miembros de la sociedad a través de códigos de comunicación normativos y operativos. Dentro de este sistema se estructura lo relacionado con el control del

ambiente físico, la división del trabajo y los patrones de cooperación y distribución de recursos.

El tránsito a la segunda etapa está dado por el desarrollo del lenguaje escrito

En la etapa arcaica, referida al antiguo Egipto y a los imperios mesopotámicos, se desarrolla la alfabetización gremial y la religión cosmológica que generalizan y sistematizan el simbolismo constitutivo de la sociedad. A ello contribuye la alfabetización de los sacerdotes y su capacidad para mantener una tradición escrita. La alfabetización gremial promueve también el uso de la administración de los recursos. En las sociedades intermedias avanzadas (China, el sureste asiático y los imperios azteca, maya e inca), la alfabetización de la clase superior es completa y del lado cultural la religión se ha abierto y dado paso a niveles filosóficos de generalización y sistematización.

Todas estas sociedades arcaicas tienen un aparato administrativo elaborado. Tanto el sacerdocio como las funciones administrativas están controladas generalmente por linajes desde el monarca, artesano, comerciante y agricultor.

Como sociedades intermedias avanzadas se analizan cuatro casos: China, India, imperios islámicos e imperio romano.

Todos ellos desarrollaron organizaciones políticas independientes en una escala relativamente grande e integraron territorios y poblaciones bastante considerables; pero tuvieron éxito variable en cuanto al alcance de la estabilidad y el mantenimiento de la independencia",³ todos implicaron desarrollos culturales importantes y, con excepción de China, religiones del mundo.

Estos cuatro casos son los de mayor afinidad progresiva hacia el tipo moderno. Se caracterizaron todos por lo radical y completo de sus innovaciones *culturales* que se centraron en el nivel del simbolismo constitutivo. Abrieron *brechas filosóficas*. Hay una mayor diferenciación de los sistemas culturales y sociales que en las sociedades arcaicas. En los cuatro casos, los patrones del sistema cultural penetraron más profundamente en la estructura de las relaciones sociales. Hay casos de sociedades que han sido eliminadas, pero su contribución *cultural* futura no fue destruida: Israel y Grecia; éstas las denomina sociedades semilleras.

El elemento fundamental para la transición a la tercera etapa es la institucionalización del orden normativo (la aparición de un sistema legal). Para esta etapa Parsons aplica una visión retrospectiva. Su interés fundamental está centrado en explicar los elementos constitutivos de la sociedad estadounidense contemporánea, el futuro del capitalismo y de las sociedades más industrializadas, bajo la premisa de constituir focos de desarrollo social superior y por consiguiente, con tendencia a dominar cualquier otro tipo de sociedad de todos los tiempos. Así, la herencia institucional romana, la sociedad medieval, el Renacimiento, la Reforma y las tres revoluciones de estos dos últimos siglos: la Industrial, la democrática y la educativa no tienen una explicación en sí mismas sino en función de lo que sería una explicación de los rasgos esenciales de nuestro "primer mundo". Desde el Renacimiento y la Reforma todo apunta ya hacia la distinción superior de ciertas sociedades. Esta superioridad la encontramos de manera evidente en Inglaterra desde el siglo XVII, en donde ya hay una marcada diferenciación de religión, gobierno y economía. Tal es la premisa del

desarrollo. De Inglaterra y Francia el proceso evolutivo pasó la batuta a los Estados Unidos, donde los sistemas sociales concluyeron la fase de consolidación institucional, para dar lugar a la aparición de nuevas fases todavía no distinguibles. En todo este proceso los valores han desempeñado el papel central en el análisis. Las sociedades modernas superiores son aquellas que desarrollaron un orden normativo tal que favoreció, por una parte, la diferenciación de las funciones de cada uno de los sistemas y, por la otra, el mantenimiento de la organización social gracias al desarrollo de mecanismos de estabilización. La diferenciación se produjo sin que se perdiera la integración de las partes al todo. Se apunta un interés especial por señalar que estos sistemas se imponen a los demás al desplegar una gran capacidad de adaptación dada en la conciliación existente entre las empresas innovadoras y los sistemas de mantenimiento social.

Como los demás esquemas evolucionistas, el de Parsons explica el desarrollo de las sociedades a partir de la premisa de que las más desarrolladas eligieron siempre los rasgos más convenientes para su perfeccionamiento (al igual que las especies en su evolución). Las sociedades detentadoras de una mayor aptitud o de un grado superior de adaptabilidad fueron las que sobrevivieron absorbiendo o haciendo desaparecer a las más débiles. Así fue como la sociedad industrializada de Occidente dominó a las sociedades técnicamente inferiores.

También, como es característica de los esquemas evolutivos, hace una periodización de la historia dividida en fases o estadios sucesivos que se desarrollan de lo simple a lo complejo, de lo imperfecto a lo perfecto, de lo primitivo a lo civilizado, en los que, a pesar de los obstáculos del progreso difíciles

de superar, terminan siendo vencidos por lo racional, la inteligencia, lo positivo, lo más apto. Este proceso está guiado por las inexorables leyes del desarrollo natural y social.

El esquema evolutivo parsoniano corresponde así con su concepción social. El elemento esencial del progreso vuelve a ser, como en el positivismo primitivo, el orden. Las discrepancias, las perturbaciones y los conflictos sociales tienen un significado marginal, ya que los sistemas sociales, "por obra de la providencia", están dotados de elementos auto-mantenedores, elementos de estabilización, de equilibrio. Este equilibrio, en buena medida se debe a la conducta conformista de sus miembros, la cual hay que propiciar gratificando sus expectativas. Aunque una relativa inconformidad también sea sana, pues renueva las posibilidades de mantenimiento del sistema. En general, toda desviación es producto de la ausencia de gratificación.



Para el estructural-funcionalismo la historia es un objeto al que pueden aplicársele esquemas evolutivos elaborados *a priori*. Parsons acude al pasado como a un taller mecánico en busca de piezas sueltas para armar un equipo nuevo que pretende ser técnicamente perfecto y repetir así esa vieja tendencia que desde Comte intenta predecir el futuro de las sociedades para controlarlas.

Resulta interesante observar que desde la constitución de la sociología como ciencia, en las primeras décadas del siglo XIX, los científicos dedicados al estudio de la sociedad han procurado prescindir de las alusiones o referencias históricas en la configuración de sus teorías. Como si estas teorías perdieran su validez universal si se proyectan sobre el pasado. Así, la sociología ha pretendido convertir toda la historia en presente. Esta tendencia teórica se explica en buena medida por una necesidad de la sociedad industrial, que con el fin de tener un cabal control técnico de los sustratos naturales y sociales se ve obligada a desligarse de las tradiciones históricas. Las ciencias sociales se piensan para la sociedad industrial como conocimientos útiles que generan nuevas técnicas; como mecanismos para la socialización total y el completo dominio y control de la materia social. Así lo sintetiza Habermas.

En esta civilización ahistórica, las ciencias nomológicas, que metodológicamente excluyen toda relación con la historia, asumen por tanto la "dirección de la acción y del conocimiento". La sociedad moderna obedece a las leyes de reconstrucción del mundo por las ciencias de la naturaleza y de la sociedad, convertidas en técnica; la consolidación y legalidad propias de la moderna civilización industrial y científica quita a la personalidad regida por ideas la posibi-

lidad de ejercer influencia y suprime la necesidad de entenderse históricamente en el hacer e influir político y social.⁶

Por una parte, la sociología procura prescindir del dato histórico, por la otra, insiste en la construcción de esquemas evolutivos que justifiquen la mecánica seguida por la sociedad industrial en la actualidad por el desarrollo pasado de la misma. La teoría social, puesta al servicio de los grupos de poder, requiere tanto de los análisis sociales abstractos que permiten el control y la predicción de la acción social, como de recursos de penetración ideológica, como lo son estos cuadros sencillos, fácilmente aprehensibles que justifican la existencia de la sociedad tecnológico-industrial.

Con la sociedad industrial se multiplicaron los cuadros o esquemas explicativos del proceso histórico, elaborados por profesionales ajenos al ámbito de la historiografía, que contribuyeran a la pretendida cohesión social, elemento sustancial para el dominio. En las crisis, sobre todo, las explicaciones justificadoras de las bondades del desarrollo tecnológico y del control político han sido urgentes. De

ahí el desplazamiento de la función del discurso historiográfico: de ser un discurso en boca de la comunidad, ha pasado a ser discurso "en boca de los expertos o especialistas". Para ello, las concepciones holistas pueden satisfacer las dudas acerca de la legitimidad del "*statu quo*" de un modo pragmático; esto es, con mayor rapidez, sencillez y efectividad. Con ellas es fácil prescindir de las grandes problematizaciones o complejidades a las que se dedican los historiadores que piensan la historia como un objeto cambiante, diverso y vital; que reconocen como uno de los principios del conocimiento a la pasión, que se guían por la intuición que entregan sus sentidos a la comprensión del pasado.

A la nueva sociedad industrial no le es útil que se hable de procesos, mutaciones, rasgos específicos de pueblos y culturas diversas. Le interesa la uniformidad y la integración, por ello ya no se molesta en pulir, censurar o recortar a los historiadores, sino que expertos entrenados conforme a intereses políticos inmediatos son los que le confieren un sentido al pasado de acuerdo con el estado y el uso de la tecnología del momento.

Notas

1 Vid., Talcott Parsons, *Biografía intelectual*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1986, pág. 126.

2 *Ibidem*, pág. 71.

3 Vid., Talcott Parsons, *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, pág. 459.

4 Talcott Parsons, *La sociedad, perspectivas evolutivas y comparativas*, México, Trillas, 1974, pág. 164.

5 *Ibidem*, pág. 107.

6 Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1988, pág. 100.